

Li Fu-jen

Lecciones y perspectivas de la guerra chino-japonesa

Febrero de 1941

De **Fourth International**, Vol. II No. 2, febrero 1941, págs. 43–51.

Traducido por Andrés Rucci.

A medida que se escriben estas líneas, todavía es difícil pronosticar cuándo y de qué forma terminará la guerra entre China y Japón. Pero el resultado del presente conflicto en el Lejano Oriente tendrá en cualquier caso un carácter provisional. La guerra mundial que se avecina con una fuerza irresistible revisará el problema chino junto con todos los demás problemas de dominación colonial. Porque es en esto donde consistirá la verdadera tarea de la segunda guerra mundial: dividir el planeta de nuevo de acuerdo con la nueva relación de fuerzas. La principal arena de lucha, por supuesto, no será esa bañera liliputiense, el Mediterráneo, ni siquiera el Océano Atlántico, sino la cuenca del Pacífico. El objeto de lucha más importante será China, que abarca alrededor de un cuarto de la raza humana. El destino de la Unión Soviética, la otra gran apuesta en la próxima guerra, también se decidirá en cierto grado en el Lejano Oriente. Preparándose para este enfrentamiento de Titanes, Tokio intenta hoy garantizarse el mayor campo de exploración posible en el continente de Asia. Gran Bretaña y Estados Unidos tampoco pierden tiempo.

LEON TROTSKY, en su Introducción a **The Tragedy of the Chinese Revolution** de Harold R. Isaacs (1938).

Es hora de trazar el equilibrio de la guerra sino-japonesa interminable y sin terminar. La lucha militar ha quedado prácticamente estancada desde la caída de Cantón y Hankow a fines de 1938, cuando el ejército japonés alcanzó su apogeo. Hoy ni los imperialistas japoneses ni Chiang Kai-shek esperan una victoria definitiva. El territorio chino bajo control japonés ahora no es mayor, y tal vez incluso algo más pequeño, de lo que era a fines de 1938, cuando la guerra ya había estado en curso unos dieciocho meses. En ninguno de los frentes de combate las fuerzas de Japón

han logrado avances importantes; en algunos puntos se han visto obligados a retirarse. Últimamente han encontrado que es necesario acortar algunos frentes debido a las nuevas preocupaciones en la Indochina francesa. Pero no hay signos de una ofensiva china.

La actividad militar japonesa en China en el período reciente se ha limitado, en general, a la captura de territorio capturado y líneas de comunicación contra los ataques de la guerrilla china y los asaltos ocasionales de los regulares chinos, mientras bombardea las bases y las comunicaciones de China desde el aire. Chungking, la capital provisional en la lejana provincia de Szechwan, ha sido sometida a terribles castigos aéreos. Más de la mitad de la ciudad ha sido arrasada por la demolición y las bombas incendiarias. Pero el gobierno del Kuomintang de Chiang Kai-shek, sintiéndose cómodo con los préstamos estadounidenses y los suministros de guerra rusos, sintiéndose seguro, además, de que Japón se verá envuelto en una guerra con Estados Unidos, rechaza obstinadamente las propuestas japonesas de una "paz" que dejaría a los imperialistas de Dai Nippon en control sustancial de lo que sus ejércitos en el campo han conquistado.

Japón, con la esperanza de cumplir con sus objetivos primarios asiáticos, se ha unido a una alianza militar con la Alemania nazi y la Italia fascista. Al mismo tiempo, el gobierno del Kuomintang se ve cada vez más enredado en la diplomacia de ladrones de los imperialistas democráticos.

"La guerra en Asia Oriental", declara el Manifiesto de la Cuarta Internacional sobre la Guerra Imperialista y la Revolución Proletaria, "se enredará cada vez más con la guerra mundial imperialista. El pueblo chino solo podrá alcanzar la independencia bajo la dirección del proletariado juvenil y abnegado, en quien la irrefrenable confianza en sí mismo se reavivará con el renacimiento de la revolución mundial ". Esta declaración implica dos cosas: primero, que La guerra de resistencia de China contra el imperialismo japonés ha sido llevada a un callejón sin salida bajo el liderazgo de Chiang Kai-shek; segundo, que el impulso principal para un nuevo y victorioso capítulo en la lucha liberadora del pueblo chino debe venir del exterior. Que la lucha de China se haya quedado en un callejón sin salida es evidente. Enormes e importantes territorios se han perdido para los invasores. Aunque no se ha vencido, Chiang Kai-shek no ha podido ganar una sola victoria importante. Los millones de trabajadores de China, después de terribles sacrificios en la lucha contra Japón, están lejos del objetivo de la liberación nacional del imperialismo, mientras que socialmente son víctimas de un sistema de explotación y opresión que es más intenso hoy que cuando comenzó la guerra. el verano de 1937. En cuanto a la segunda proposición, los hechos de la situación actual sugieren elocuentemente que el destino de China, tanto en el sentido inmediato como a largo plazo, está ligado y depende estrechamente del curso de la presente guerra mundial y el desarrollo de la revolución socialista mundial.

Cómo lucha Chiang contra Japón

Chiang Kai-shek nunca consideró la guerra con Japón como una lucha por la liberación de China del yugo del imperialismo. Después de decapitar una gran revolución, llegó al poder en 1927 como guardián de los intereses imperialistas en China. Esos intereses, huelga decirlo, están estrechamente relacionados con los de los explotadores nativos. Cuando Japón invadió Manchuria en 1931, Chiang hizo de la no resistencia la nota clave de su política y reprimió por la fuerza el movimiento de protesta que surgió en todo el país. Chiang justificó esta política con referencias a la falta de preparación militar de China. En realidad, sin embargo, la dificultad de Chiang era que no podía medir el apetito japonés. ¿Quizás los imperialistas de Tokio estarían contentos con Manchuria y las provincias de Mongolia Interior? En ese caso, se puede arreglar un trato. Si Japón mostrara señales de ir "demasiado lejos", sus rivales en el Pacífico -Gran Bretaña, Estados Unidos y Francia- sin duda tendrían una mano restrictiva.

En los años siguientes, el alcance del apetito imperialista de Japón se hizo manifiesto. La política de no resistencia de Chiang significó el abandono sin lucha de una posición tras otra -primero en Jehol, al norte de la Gran Muralla, más tarde al sur de ella- acumulando así dificultades contra el día en que ya no se podía eludir el desafío de Japón. Al mismo tiempo, la política de Chiang tropezaba con la oposición cada vez más intensa del pueblo chino que quería defender a su país del violador extranjero. Finalmente, la preocupación de los poderes "democráticos" en Europa con la creciente amenaza de Hitler hizo que la intervención anglo-francesa contra Japón fuera cada vez menos probable, mientras que los Estados Unidos, militarmente desprevenidos, solo podían mirar impotentes. De este modo, Chiang se vio confrontado con la alternativa de luchar contra Japón prácticamente solo o de permitir que China se convirtiera en una colonia japonesa. El curso de resistencia fue elegido.

Todo régimen social basado en la explotación y la opresión está en peligro por la guerra. Las masas, brazos en mano, ya no se someten fácilmente a la vieja forma de vida. Cuanto más atrasada está el país, mayor es la probabilidad de explosiones sociales, porque la miseria de las masas es mayor. Chiang Kai-shek, a pesar de todas sus ideas feudales, es un político suficientemente educado como para comprender las principales leyes de la revolución. Completamente consciente y deliberadamente se embarcó en la guerra con la intención de confinarla dentro de límites que no pondrían en peligro ni las posiciones del imperialismo como un todo ni los intereses y el gobierno de la burguesía nativa. La lucha sería dirigida por los ejércitos bajo su control. Las masas no serían movilizadas, mucho menos armadas. No habría medidas de mejora social. Las manifestaciones del descontento popular se enfrentarían con la represión.

La única fuente organizada de la cual Chiang pensaba que tarde o temprano se esperaría la oposición era el Partido Comunista. Aquí tuvo una conquista inesperadamente fácil. Aceptó suspender su guerra de diez años contra ellos y les prometió ciertas libertades que nunca antes habían conocido. Estableció una farsa democrática llamada el "Consejo Político del Pueblo", en el que a los estalinistas se les dio una representación decididamente menor. Sobre todo, prometió resistir a Japón hasta el final. Los estalinistas, por su parte, acordaron abandonar su oposición a Chiang y abandonar la lucha de clases. Sobre esta base, se formó el "Frente Unido Popular Antijaponés", réplica del Frente Popular en España. Stalin consideraba que la desertión y la traición a la causa de las masas chinas era un precio barato a pagar por una guerra contra Japón por Chiang Kai-shek, porque Japón, ocupado en China, no podría atacar a la Unión Soviética en el Lejano Oriente. Por encima de todo, Stalin temía involucrarse en una gran guerra, porque eso traería la revolución contra su régimen bonapartista. Una revolución en China podría ser igualmente desastrosa para la burocracia soviética. Mejor, entonces, tener la guerra dirigida por Chiang Kai-shek, por medios no revolucionarios, como una lucha puramente militar, incluso si eso significara el fracaso final.

Los resultados de la política de Chiang

Pronosticamos desde el principio cuáles serían las consecuencias de la política de Chiang Kai-shek y el estalinismo. Un país atrasado y mal armado comprometido en una lucha esencialmente progresista puede corregir sus desventajas materiales en la guerra contra una potencia imperialista bien armada solo llamando a las masas de millones de cabezas a la lucha sobre la base de un programa que les da un gran material apuesta en la victoria. Esto se demostró en Rusia en los primeros años de la revolución, donde las armas, los tanques, los infantes de infantería bien armados y bien entrenados de los imperialistas, junto con sus aliados rusos blancos, no fueron rival para los entusiastas si estaban mal armados, soldados hambrientos y andrajosos del Ejército Rojo de Trotsky, que sabían que estaban luchando para preservar y desarrollar ganancias sociales concretas. Solo esto - un pueblo armado despertado y luchando por un futuro mejor - ha sido lo que ha faltado durante los tres años de luchas contra los japoneses.

Al comienzo de la guerra hubo un tremendo entusiasmo popular en China por la lucha contra Japón. Abarcó virtualmente a todos los sectores de la población, si se exceptúa a la gran burguesía que se vio perturbada por la interrupción de sus vidas normalmente pacíficas y prósperas, alarmada por sus propiedades y extremadamente escéptica ante las perspectivas de victoria. Los ejércitos chinos en el norte de China y en Shanghái contaron con el respaldo incondicional de estudiantes e intelectuales, trabajadores y artesanos, pequeños comerciantes y tenderos, y los cultivadores del suelo, aunque el gobierno frunció el ceño ante cualquier cosa que pareciera una movilización masiva de civiles para ayudar. El ejército. Las heroicas batallas libradas en Shanghai en los meses finales de 1937 demostraron que los ejércitos del imperialismo japonés podían mantenerse a raya. Quizás, en una fecha no lejana, los ejércitos de China podrían tomar la ofensiva y barrer a los invasores en el mar. Lo que faltaba en armamento - particularmente aviones y armas pesadas- podría ser compensado por mano de obra imbuida de ese fervor de lucha que surge de una causa justa. La victoria fue considerada al menos posible. Tomó más que la retirada de Shanghai y la posterior caída de Nanking disipar esta fe popular. Incluso la ocupación japonesa de Cantón y Hankow no pudo hacerlo. Los reveses militares afectaron indudablemente la moral nacional, pero las causas fundamentales de la decepción, el pesimismo, la apatía (y, hasta cierto punto, francamente disgustado por cualquier otra lucha) que ahora impregnan las filas de las amplias masas son mucho más insidiosas. Se encuentran en las políticas del régimen

de Chiang Kai-shek y sus aliados estalinistas, políticas que no solo no han abierto la perspectiva de la victoria sino que han producido miseria masiva y mendicidad en una escala y una intensidad desconocidas hasta ahora.

La burguesía sabotea la guerra de China

Para que el lector aprecie la situación que ha surgido, es necesario dar una idea de la manera en que se ha llevado a cabo el lado de la guerra de China. La política militar contribuyó en gran medida a la sucesión de fuertes derrotas que los ejércitos chinos sufrieron en todos los frentes principales. La política civil socavó la moral popular. Sin mencionar los diez años de gobierno del Kuomintang que fueron en primer lugar responsables más que nada de las deficiencias militares de China (los fondos exprimidos del pueblo y embolsados o desperdiciados por hordas de funcionarios corruptos, incluidos los más altos miembros del gobierno, tendrían suficiente para crear un ejército extremadamente bien equipado, una fuerza aérea adecuada e incluso una armada de algunas dimensiones), es posible mostrar, paso a paso, cómo el régimen del Kuomintang ha saboteado la lucha contra Japón. El sabotaje no es consciente, pero fluye mecánicamente de la preservación de los intereses de la clase dominante.

China nunca ha tenido un verdadero gobierno nacional desde el derrocamiento de la última dinastía en 1911. El período de señor de la guerra que se estableció con el establecimiento de la República se prolongó hasta la era del Kuomintang. Chiang Kai-shek se convirtió en el caudillo principal y estableció su supremacía en una gran parte del país. Pero el particularismo, ese alejamiento de un pasado feudal, continuó plagando a su régimen. No dispuesto a atacar las relaciones agrarias semif feudales que le daban alimento, Chiang se vio obligado a gobernar fuera de su bailía particular a través de secuaces y servidores de dudosa lealtad. Los gobernadores provinciales designados por Chiang tenían sus propias fuerzas armadas. Ninguno fue lo suficientemente poderoso como para desafiar a Chiang con éxito, pero muchas ambiciones amamantaron para reemplazarlo en la sede central del poder. Chiang mantuvo a estos secuaces en línea por una combinación de sobornos, presión y maniobras combinatorias. Su problema central en el campo doméstico -junto a presionar a las masas en el sometimiento- es evitar que cualquiera de estos secuaces forme una coalición contra él.

Esta lucha por mantenerse en la sede del poder encontró su reflejo en la organización militar del país y ha tenido un profundo efecto en el curso de la guerra. Al principio, Chiang dividió el país en zonas de guerra, cada una con un comandante supremo. La creación de estos comandos requirió la colocación de grandes cuerpos de hombres bajo un solo control y Chiang tuvo que encontrar alguna forma de evitar que los comandantes de zona adquirieran demasiado poder. No quería que surgieran embrionarios desafiantes a su gobierno en medio de la guerra. En consecuencia, se ideó un sistema por el cual los comandantes de distrito, cuyos superiores nominales inmediatos eran los comandantes de zona, estaban subordinados al control personal de Chiang con instrucciones permanentes de no obedecer órdenes operacionales a menos que Chiang los hubiera sancionado primero.

Los resultados de dicho sistema, efectivo hasta el día de hoy, pueden imaginarse fácilmente. Los comandantes de la zona de guerra se redujeron al estatus de figuras con grandes títulos militares pero sin poderes reales. Las acciones coordinadas o combinadas se volvieron prácticamente imposibles. El trabajo del personal se volvió en gran medida sin sentido. La iniciativa, que podría haber producido resultados favorables en los que el enemigo traicionó una debilidad, con demasiada frecuencia faltaba. Un oficial de distrito rara vez, incluso en una emergencia, actuaría según las órdenes del comandante de zona sin el respaldo previo de Chiang. Él prefirió huir. Quien tuviera una valentía más que media podría actuar, pero el valor de su acción se vería anulado por la falta de la iniciativa correspondiente en un sector vecino o por su propio temor a seguir una ganancia. Una oportunidad favorable se perdió irremediablemente. Los comandantes de zona, por su parte, encontraron que la política más segura era no hacer nada sin órdenes de más arriba. En cualquier caso, ¿cómo se puede controlar una zona de guerra completa si no puede dar órdenes a los comandantes de distrito y hacer que los obedezcan? Solo a este respecto, como se puede ver claramente, la continuación del régimen del Kuomintang es incompatible con una lucha seria contra el imperialismo.

Observadores militares extranjeros en el lugar, generalmente parciales a la causa de China, han concedido la superioridad del ejército japonés en disciplina, organización, estrategia, táctica y, en general, espíritu de lucha. Pero el régimen del Kuomintang ha hecho todo lo posible para acentuar el equilibrio a favor de Japón. La estrategia de los

ejércitos chinos fue pasiva en todo. Conscientes de esto, los comandantes japoneses con frecuencia corrían riesgos que nunca se habrían atrevido a tomar si se hubieran enfrentado a un enemigo más activo e ingenioso.

Para catalogar todas las deficiencias militares chinas, la mayoría de ellas rastreables directamente al régimen en el poder, requerirían mucho más espacio de lo que tenemos disponible. A ellos deben agregarse los innumerables crímenes contra el ejército por parte del gobierno y los más altos oficiales de la organización militar: la subordinación de los requisitos militares a los intereses de la pandilla; desertión por comandantes frente al enemigo; el desprecio por el bienestar de los soldados, incluido el robo de la paga de los soldados; injerto en lugares altos. Un ejemplo iluminador de lo que sucede fue proporcionado en la retirada china de Taiyuan, capital de la provincia noroccidental de Shansi. Los comandantes de campo que organizaron el retiro enviaron mensajes urgentes a Taiyuan, solicitando camiones para el transporte de hombres y suministros. "No más camiones disponibles", fue la respuesta. Sin embargo, se notó que una gran corriente de camiones se movía hacia el sur de la ciudad, cargada con grandes cajas de embalaje. Cuando se le preguntó qué contenían los casos, un funcionario respondió lacónicamente: "Cigarrillos". ¡Lo que significaba opio! El general Yen Hsi-shan, "gobernador modelo" de Shansi, estaba más preocupado por salvar esta venenosa fuente de su riqueza que por rescatar a los soldados y suministros chinos y evitar una debacle militar. Los oficiales maldijeron a este descarado corruptor. El incidente les proporcionó una valiosa información sobre el carácter del régimen. Lecciones como estas tendrán repercusiones revolucionarias en el futuro. Pero requerirá más que maldiciones para derrocar a la pandilla podrida que ahora gobierna sobre los destinos de China.

Para que no se piense que lo anterior es un incidente aislado, que se diga ahora que han ocurrido innumerables incidentes de similar importancia en prácticamente todos los frentes de combate. En su totalidad, equivalen a un gigantesco sabotaje de la guerra por parte de la burguesía "patriótica", contrarrestando y anulando el heroísmo y los sacrificios de los soldados. Los culpables sin atracción política se han ejecutado si el escándalo ha alcanzado la luz del día. Pero tales gestos son hipócritas e ineficaces porque no llegan a la raíz del problema, que es el propio régimen del Kuomintang.

La mentira de la "igualdad del sacrificio"

El problema de cuidar adecuadamente a millones de soldados en el campo es ciertamente difícil y costoso. Hacerlo con cualquier adecuación requería el final del soborno oficial, la incautación de grandes fortunas y el reclutamiento de médicos. Nada de esto se ha hecho, porque habría significado atacar los intereses de los miembros del gobierno y la clase gobernante que representan. Las bajas entre los soldados de China han sido temerosas. Nadie sabe ni siquiera el número aproximado de muertos y heridos. En gran parte para propósitos de propaganda en el exterior, el gobierno ha mantenido varios hospitales militares bastante buenos que los corresponsales extranjeros pueden fotografiar. Madame Chiang Kai-shek y sus hermanas revolotean ocasionalmente por las salas, distribuyendo regalos a los heridos. Pero estos hospitales solo pueden manejar a unos pocos miles de hombres. Las instalaciones de la estación de aderezo son una rareza. Los soldados heridos, si pueden usar sus piernas, deben caminar hacia atrás para recibir tratamiento y allí pasarán horas, a veces días, antes de que se les preste atención, ya que los cirujanos son pocos. Se dice que un soldado gravemente herido en China no tiene posibilidad de vida. O bien no puede alcanzar la retaguardia (los hombres heridos son la última consideración en el sistema de transporte militar) y muere en el campo; o, si llega a la retaguardia, muere antes de que pueda llamar la atención o porque la atención llegó demasiado tarde.

Como en todas las guerras llevadas a cabo por la clase dominante en la sociedad moderna, ha habido en China la habitual charla de "igualdad de sacrificio". Seguramente ha habido mucho sacrificio, pero se ha limitado a las filas de los soldados y al común gente. Los ricos en algunos lugares se han visto obligados a abandonar sus hábitats acostumbrados para escapar de la guerra, pero se han llevado sus riquezas a Hong Kong o Manila o las zonas controladas por extranjeros de Shanghái y continúan viviendo como siempre, en opulencia. Pero hoy en día hay en China cerca de 50,000,000 de refugiados de guerra sin propiedad, personas que han perdido todas las escasas posesiones que tenían y vagan sin esperanza a través de la tierra. Asaltados por la enfermedad y el hambre, mueren en cantidades que sugieren una epidemia. Algunos de los ricos hacen ocasionalmente una miserable donación para ayudar a los refugiados. Los miembros gubernamentales y los funcionarios hacen lo mismo. Pero ninguno de ellos

renuncia a sus lucrativos injertos, mientras que solo una pequeña fracción de los presupuestos nacionales, provinciales y locales se reserva para el alivio.

¡Igualdad de sacrificio! Cuando Jankou, entonces la capital provisional, estaba en estado de sitio en 1938 y la comida era difícil de obtener, el avión de Hong Kong cada día trajo una caja de frutas estadounidenses importados frescos para la mesa del ministro de Finanzas HH Kung, hermano-en-ley del Generalísimo Chiang Kai-Shek. Ese espacio en el avión podría haber sido utilizado para llevar suministros médicos. Al comienzo de la guerra en 1937, el Banco Comercial de Shanghai y Ahorro propiedad de KR Chen, una luminaria líder de la burguesía de China, convierte todas sus tenencias de efectivo en dólares estadounidenses, lo que debilita el dólar chino que el gobierno estaba tratando desesperadamente de apuntalar. En la reconversión, después de que el dólar chino se deslizara hacia abajo, el banquero hizo una gran fortuna. Esta pieza de malabarismo financiero evidentemente calificó al banquero para el liderazgo de una misión financiera en Washington, donde fue a arreglar el primer préstamo estadounidense a China. Al igual que en el ámbito militar, este incidente no es accidental y excepcional. Tales acciones son la regla. Ellos caracterizan a todo el régimen del Kuomintang.

Las masas soportan la carga

El gobierno del Kuomintang promulgó una ley de conscripción no mucho después del comienzo de la guerra. Con la caída de Hankow y la eliminación del gobierno a Chungking, se hizo necesario completar las filas agotadas de los ejércitos que habían resistido el avance japonés por el Yangtsé. Pero en el interior, al oeste de Hankow, los oficiales de reclutamiento encontraron resistencia. Se alzó el grito: "¿Quién labrará los campos si se lleva a los jóvenes?". Estos campesinos no sabían nada de los invasores japoneses. No hay radios ni periódicos, y los campesinos no saben leer ni escribir. Los únicos enemigos que habían conocido eran los recaudadores de impuestos y los terratenientes que se llevaban hasta el 60 por ciento de sus cosechas en alquiler. Los jóvenes se atrincheraron en las casas. Muchas sangrientas affrays tuvieron lugar. Tan grande fue la resistencia que los jóvenes impresionaron al servicio fueron encadenados o atados como esclavos de galeras y marcharon bajo vigilancia a las estaciones del ejército. La captura forzosa de culíes para el servicio del ejército suscitó una oposición similar. La nobleza o los hombres ricos compran a sus hijos fuera del servicio militar. En algunos distritos, la compra de exenciones, por la cual se pagan altos precios, alcanzó las proporciones de un escándalo y el gobierno, para apaciguar a las personas indignadas, hizo que unos pocos oficiales de reclutamiento fueran fusilados por prácticas corruptas. Pero la corrupción continúa como antes. Es parte integrante de una sociedad de clases en la cual la frase "igualdad de sacrificio" es solo una broma irónica.

Para completar la imagen de China en guerra, es necesario agregar algunos otros detalles esenciales. Las operaciones militares han devastado innumerables ciudades, pueblos y aldeas, y devastado grandes extensiones del país, creando el enorme ejército de refugiados al que ya nos hemos referido. La destrucción física de la industria en las zonas de guerra ha creado un gran problema de desempleo. En lugar de tratar de financiar la guerra gravando a los ricos, confiscando fortunas, atacando los sobornos y la especulación en serio, el costo se ha cargado a las ya sobrecargadas espaldas de las masas. El dólar chino se ha reducido a menos de un tercio de su valor por la inflación. Esto no preocupa a los ricos y los funcionarios, que tienen buenos dólares estadounidenses tintineando en sus cuentas bancarias. En lugar de traer la victoria, o las perspectivas de victoria, y abrir visiones de un futuro más brillante, la guerra ha traído solo severa tragedia y penuria a las amplias masas. No es sorprendente que el entusiasmo de 1937 haya cedido el paso a una apatía aburrida, a una indiferencia omnipresente que solo un nuevo giro de los acontecimientos podrá sacudirse y alterarse. El gobierno del Kuomintang crea una imagen fantasiosa de una "China unida" que se resiste con entusiasmo al invasor extranjero y esta imagen se comercializa en este y en otros países por propagandistas cuyo único interés en China es su sueldo mensual. La realidad es inmensamente diferente.

Debe señalarse, sin embargo, que el odio al infractor extranjero no ha muerto. La gente acaba de perder la fe en la victoria bajo el liderazgo de Chiang Kai-shek y, mientras tanto, están obligados a ocuparse de la tarea de la supervivencia, con un sustento de sus tierras devastadas y plagadas de parásitos. Nunca se intentó hacer entrar a las masas en la lucha. La política del gobierno los mantuvo al margen. Nadie trajo ante las personas un programa de mejora social, ni durante ni después de la guerra. Donde surgieron organizaciones populares para brindar apoyo masivo y ayuda a los soldados en el frente, Chiang Kai-shek los reprimió si no podía controlarlos y castrarlos. La

brecha que creció entre la gente y los soldados queda bien ilustrada por el hecho de que el Kuomintang se vio obligado a enviar propagandistas a innumerables aldeas, por delante del ejército, para rogarle a la gente que no huyera. El temor a los soldados es una resaca del período del señor de la guerra, cuando los ejércitos descendieron sobre áreas enteras como enjambres de langostas, requisaron alimentos y servicios (sin pagar por ellos) y maltrataron a la gente. Los soldados impagados y hambrientos en los ejércitos de Chiang Kai-shek probablemente se comportarían de manera similar. Los ejércitos pueden ser descuartizados, pero no aprovisionados, en pueblos de los que los campesinos se han escapado, llevándose consigo toda la comida disponible. De ahí el atractivo propagandista. Los miedos y las sospechas del campesinado, en muchos casos demasiado fundados, han creado grandes desventajas para el ejército. Estos temores y sospechas se pueden superar y se establece una verdadera relación civil-militar solo sobre la base de una lucha común por objetivos sociales revolucionarios. Sólo de esta manera se puede abrir el camino a la victoria de China contra los japoneses y todos los demás imperialismos.

Japón, el poder imperialista más débil

El resultado acumulativo de los factores descritos anteriormente ha sido el estancamiento militar después de una sucesión de reveses que han dejado a los invasores japoneses en control sustancial de un vasto territorio que incluye casi toda la costa, las principales ciudades y centros industriales y la mayor parte del sistema ferroviario. Sin embargo, Japón no ganó la guerra en China. Lejos de ahí. En vista de la política anterior de no resistencia de Chiang Kai-shek, los imperialistas japoneses imaginaron que unos pocos golpes rápidos en puntos vitales le mostrarían a Chiang la inutilidad de resistir. Luego se llegaría a un acuerdo que otorgaría a Japón el control virtual de China. Tokio fue lo suficientemente imprudente como para anunciar que la guerra terminaría en unos pocos meses. En cambio, se produjo una prolongada lucha. La guerra está ahora en su cuarto año y la victoria de Japón aún no está a la vista. Una guerra corta, que termina con la capitulación de Chiang Kai-shek, habría estado dentro de los recursos del Imperio japonés. En cualquier caso, a los chinos se les hubiera obligado a pagar las cuentas. Tal como están las cosas, la larga lucha ha requerido gastos mucho más allá de los medios normales de esta potencia más débil de todas las imperialistas. La reserva de oro desapareció rápidamente. El comercio con países no pertenecientes al bloque del yen ha sido adverso durante un tiempo considerable. Incapaz de cubrir el costo de las operaciones militares con métodos normales de financiamiento, Japón recurrió a los recursos habituales de la inflación. Hubo un enorme endeudamiento interno, ya que no se pudieron obtener préstamos extranjeros. Los impuestos se han incrementado enormemente. Las industrias que producen bienes de consumo se han hecho para reducir las operaciones o desaparecer por completo. Solo se están fabricando aquellos bienes de consumo que son indispensables para la vida, o que están destinados a las fuerzas combatientes o para la exportación al exterior. Apenas pasa una semana sin un nuevo endurecimiento del cinturón nacional. Japón es un imperio en bancarrota, a la espera de la administración de un proletariado revolucionario.

Al darse cuenta de que el crecimiento de la privación puede crear un peligroso movimiento popular de descontento, la camarilla gobernante ha eliminado todas las organizaciones que podrían servir como cristalizadores de la revuelta. Hace mucho tiempo que los sindicatos castrados se disolvieron por decreto del gobierno y hace unos meses los partidos políticos, incluidos el Minseito, Seiyukai y las Misas Sociales, siguieron el mismo camino. Toda la vida política y social organizada se ha fusionado en un sistema de guerra totalitario conocido como la "Nueva Estructura Nacional". A pesar del régimen totalitario, el descontento aflora de vez en cuando. Los granjeros se quejan de la requisición de caballos para el ejército, el reclutamiento de sus hijos. Las mujeres levantan protestas contra la escasez de productos de algodón y el uso forzado de fibra cortada, un producto sustituto miserable que se reduce a un desastre pulposo cuando se sumerge en agua para lavar. La redacción de campesinos para el ejército o para la industria ha afectado las cosechas de arroz y ha contribuido a una aguda escasez de esta dieta fundamental de las masas. Hay escasez de carbón para cocinar y calentar. Hay una escasez de energía eléctrica. Hay una escasez de todo, de hecho, pero decretos del gobierno de los cuales hay un suministro interminable, cada uno creando una nueva escasez.

La camarilla gobernante teme hasta las protestas no organizadas e intenta sofocarlas en un patriotismo espúreo por el cual la privación se eleva al estado de una virtud nacional. Una "Campaña de Movilización Espiritual" hace brotar organizaciones de entrometidos que se plantan en las esquinas de las calles y regañan a las mujeres por estar "demasiado bien vestidas", por usar pieles, vestidos finos, joyas y cosas por el estilo. Ha sido una ofensa criminal que

un peluquero le dé a las mujeres ondas permanentes o vestidos de cabeza atractivos similares. Los espectáculos de películas se reducen para ahorrar electricidad y porque no hay dinero para pagar las películas importadas. Los letreros de neón que hacían que las ciudades de Japón fueran homosexuales por la noche han desaparecido. Todos los salones de baile públicos han sido cerrados. Las barras deben cerrar a las 10 p.m. A los fabricantes se les ha prohibido usar colores homosexuales en las telas para los kimonos, que son el vestido nacional tanto para hombres como para mujeres. La monotonía universal ha descendido una vez en el colorido Japón. La interferencia con la libertad personal ha llegado tan lejos que las personas ya no pueden usar las calles libremente. Si uno se pasea sin rumbo, sin una misión o propósito especial, en una calle de Tokio, tal vez simplemente mirando hacia las ventanas vacías o casi vacías, será abordado por uno de los entrometidos antes citados y le ordenará que no se amontone en la calle, para ir a casa.

Hay muchas quejas, pero nada de eso organizado. Las quejas se transmiten en cartas enviadas a los soldados japoneses en el frente y ocasionalmente superan a los censores. Al leer estas cartas, los soldados comienzan a preguntarse sobre el "Nuevo Orden en Asia Oriental" que, según sus gobernantes, es liberar a China de la dominación occidental y del villano Chiang Kai-shek, y establecer a Japón, junto con China, en el camino hacia una "prosperidad mutua". Ven la miseria que la guerra ha creado para el pueblo chino, cuya enemistad sienten con entusiasmo. Además de esto viene la noticia de cómo los familiares en el país se ven obligados a sufrir cada vez más para continuar una guerra que no trae beneficios y no muestra signos de finalización. Los diarios y las cartas que se encuentran en los prisioneros de guerra japoneses testifican irrefutablemente de un profundo descontento y espíritu de rebelión en las filas del ejército japonés. Ha habido casos de motín por regimientos japoneses enteros.

La política de Chiang embota el malestar japonés

Pero los disturbios nunca se cristalizaron, ya que no han recibido aliento en la escena china. Como dice el Manifiesto de la Cuarta Internacional antes citado, la guerra habría terminado hace mucho tiempo en una catástrofe para el imperialismo japonés "si China lo hubiera conducido como una auténtica guerra popular basada en una revolución agraria y encendiera a los soldados japoneses con su resplandor".

Lo que faltaba y lo que falta hoy es el liderazgo revolucionario en la lucha. El Partido Comunista traicionó la causa de las masas oprimidas. Ha apoyado a Chiang Kai-shek desde el comienzo del conflicto, respaldando silenciosamente todos los crímenes de la clase dominante china, ayudando así a los imperialistas japoneses a engañar a los soldados japoneses y mantener una rígida disciplina sobre ellos. La pequeña organización de la Cuarta Internacional, los auténticos revolucionarios, no ha podido ganar el oído de las masas decisivas. La calumnia de los estalinistas, que acusan a nuestros camaradas de ser agentes de Japón, y la apatía política de las masas, mantienen a nuestra organización pequeña e infructuosa. Ha registrado un crecimiento desde que comenzó la guerra, pero no lo suficiente. "El curso de los acontecimientos coloca en el orden del día el desarrollo de nuestra sección china en un poderoso partido revolucionario", afirma el Manifiesto. Esta, de hecho, es la condición indispensable para el avance de la lucha liberadora de China. Bajo la influencia de los acontecimientos revolucionarios que se avecinan, dondequiera que ocurran, China una vez más será impulsada a lo largo del camino revolucionario. No faltarán situaciones revolucionarias. La tarea de la sección china es prepararse asiduamente para reunirse con ellos y trabajar para su realización. En esto necesitará la solidaridad fraternal y la ayuda de sus compañeros de pensamiento en todo el mundo.

Política económica de Japón

Hace dos años, predijimos que los planes japoneses para explotar los territorios ocupados en China darían un nuevo impulso a la vida económica de China, que el proletariado disperso se reuniría una vez más en la industria a gran escala y que se establecerían las bases para una renovación de los movimientos obreros y revolucionarios. Debe decirse que esta perspectiva, vista como un desarrollo comparativamente a corto plazo, hasta ahora no se ha materializado. Fuera de las áreas controladas por extranjeros de Shanghai, donde una situación excepcional ha invitado a la inversión china y extranjera a gran escala, ha habido muy poco reavivamiento económico. El imperialismo japonés, demasiado pobre para llevar a cabo una guerra prolongada sin la más dura tensión financiera

y económica, es aún menos capaz de explotar progresivamente lo que ha sido conquistado. Incluso en Manchuria, conquistada hace casi una década, los grandiosos planes de industrialización llevan tiempo empantanados por falta de capital. En China propiamente dicha, carente de los recursos de capital necesarios para la explotación racional, la ocupación japonesa ha adquirido el carácter de robo y expoliación, empeorando así una situación económica ya desesperada.

En Shanghái, Japón consideró necesario respetar el estado del Acuerdo Internacional controlado por extranjeros. Ella tiene necesidad de esta área "neutral", con su mercado libre de intercambio y productos básicos, para diversos fines, entre otras cosas para vencer los embargos de Washington a la exportación de productos derivados del petróleo, chatarra y máquinas herramientas a Japón. Por su política de no intervención con respecto al Acuerdo, Japón ha contribuido a un renacimiento industrial considerable en la ciudad. Con el crecimiento del empleo y la seguridad, el proletariado ha renovado su espíritu de lucha. El año pasado y más ha sido testigo de una sucesión constante de huelgas en decenas de empresas industriales y comerciales, tanto en China como en el extranjero, y en los servicios públicos. Todas las huelgas han tenido un carácter económico, por los salarios más altos para hacer frente al creciente costo de la vida que se dispara con cada nuevo declive de la moneda. Los trabajadores golpean sin beneficio de los sindicatos, las huelgas son conducidas por comités ad hoc. En ninguna instancia, los trabajadores no pudieron ganar una parte sustancial de sus demandas. La lucha de clases está muy viva en Shanghai. Se necesitarán circunstancias más favorables para renovarlo en el resto del país.

Mientras tanto, en los lugares remotos del país, la guerra se prolonga. Al no cumplir con Chiang Kai-shek, los imperialistas japoneses le otorgaron pleno reconocimiento al régimen títere de Wang Ching-wei en Nanking, que existe bajo la protección de las bayonetas japonesas. Mientras dedican parte de su atención a la Indochina Francesa, Singapur y las Indias Orientales Neerlandesas, albergan la esperanza de que el gobierno de Chiang Kai-shek se escindirá, con Chiang entrando en retiro, mientras que el resto del gobierno se fusionará con la "nueva" El gobierno del Kuomintang en Nanking formará una sola administración que cumplirá con las órdenes de Japón. Hay una "facción de paz" considerable dentro del gobierno de Chungking, compuesta por políticos que no ven perspectivas esperanzadoras para la guerra y, por lo tanto, desean concluir la paz bajo cualquier condición. No les gusta estar encerrados en el extremo oeste, detestan el caos de la guerra, a pesar de que han sufrido poco por ello. Sobre todo, quieren una baillía más grande para robar. Esta facción tiene el respaldo de importantes elementos burgueses que quieren un retorno al negocio normal y a las ganancias normales. Entre los principales miembros de la facción están el ministro de guerra de Chiang, el general Ho Ying-ching, y el Dr. H. H. Kung, su ministro de finanzas. Pero en China, la fuerza armada es todo en política. Chiang tiene los ejércitos, o la mayoría de ellos. Él cree que Japón se dirige rápidamente hacia la guerra con Estados Unidos, que será derrotada y que el territorio imperialista estadounidense recuperará los territorios perdidos de China. No capitulará porque ve la posibilidad de pasar más plenamente al servicio de los rivales de Japón en términos más favorables. Estados Unidos no querrá apoderarse del país. Se contentará con compartir con Chiang en la explotación del pueblo chino mediante préstamos, inversiones y comercio. Entonces Chiang calcula. No es del todo improbable que Chiang establezca una alianza con el imperialismo estadounidense si (o incluso antes) hay una guerra entre Japón y los Estados Unidos.

Papel del imperialismo estadounidense

Los imperialistas estadounidenses se están preparando rápidamente para la guerra con Japón. Esto se evidencia no solo en las medidas navales y militares que en todas las esferas están colocando a los Estados Unidos en posición de atacar con rapidez y contundencia en el Pacífico, pero también en las esferas económica y financiera. En esa parte del comercio exterior de China que pasa por el gran centro de negocios de Shanghai, Estados Unidos ahora ocupa la posición de liderazgo. El imperialismo del dólar no solo ha tomado el lugar que ocupaban anteriormente los británicos, sino que en poco tiempo ha logrado derrocar a sus sucesores, los japoneses. Al mismo tiempo, el carácter de la "ayuda" estadounidense a China ha experimentado un cambio. En el primer período de la guerra chino-japonesa, los préstamos estadounidenses a China fueron simples avances de un gobierno a otro, sin seguridad formal. Los préstamos más recientes, sin embargo, se han adelantado contra la seguridad específica: las exportaciones de ciertos materiales vitales como el estaño, el tungsteno y el aceite de madera, de los cuales China es un gran productor. No existe un gravamen formal sobre los productos o sus fuentes, pero sería un paso corto desde los acuerdos de préstamo a una demanda de control sobre las fuentes en caso de incumplimiento. Las minas de

estaño en la provincia de Yunnan (donde, por cierto, el trabajo infantil se explota de la manera más horrible) son la fuente del estaño que se exportará a los Estados Unidos en parte la liquidación de los préstamos recientes. Si las tropas japonesas invadieran la provincia de Yunnan y trataran de cortar estas exportaciones, Washington tendría un pretexto para acusar a Japón de un acto agresivo contra los Estados Unidos. La intervención militar estaría en orden. Estados Unidos estaría en guerra con Japón. Sin embargo, es mucho más probable que la cuestión precipitada surja sobre un agarre japonés en las Indias Orientales Neerlandesas, o intentos de apoderarse de Singapur y Hong Kong. Cualquiera que sea el incidente inicial, la intervención estadounidense en el Lejano Oriente tendrá un carácter totalmente reaccionario. Se emprenderá, no para ayudar a las víctimas de la agresión japonesa, sino para preservar y extender los intereses imperialistas estadounidenses.

Trotsky señaló que Chiang Kai-shek lucha contra Japón, no con la intención de liberar a China de la dominación imperialista, sino con el objetivo de pasar al servicio de otro poder más magnánimo. Y no puede haber duda de que cuando la intervención de los Americanos contra Japón se ponga en marcha y aumente su alcance, Chiang Kai-shek bajo la presión de Washington tenderá a subordinar la presente guerra sino-japonesa a los objetivos de guerra completamente reaccionarios del imperialismo estadounidense en el Oído Este. Si esto se quiere evitar, las masas chinas tendrán que intervenir, ya que no tienen ningún interés en sustituir al capataz estadounidense por el esclavo japonés. La intervención de las masas solo puede tener lugar de forma revolucionaria. Su lucha tendrá que ser dirigida, no solo contra los imperialistas, sino también contra los explotadores nativos y su gobierno. La revolución agraria debe cobrar vida bajo el lema "¡Tierra a los campesinos!". Los trabajadores deben tomar el camino de la lucha de clases. Los millones de personas reactivadas encontrarán un verdadero liderazgo solo en la sección china de la Cuarta Internacional. Habiendo absorbido las lecciones de 1917-1941, habiendo aprendido bajo fuego el carácter reaccionario del liderazgo estalinista del Kuomintang en la lucha contra Japón, las masas adquirirán una confianza inquebrantable en el programa revolucionario para el cual se sustenta la Cuarta Internacional.

Nota sobre los estalinistas chinos

Es necesario agregar algo de información adicional sobre la posición del Partido Comunista Chino y sus políticas, que son las políticas de Moscú. Expulsados de sus bastiones del sur y el centro de China en 1934-35, los ejércitos rojos chinos se establecieron en el norte de Shensi, la mayoría de las provincias del noroeste, y partes de los vecinos Kansu y Ninghsia. Este último es una provincia de Mongolia Interior. El llamado gobierno chino soviético se estableció en Yenán. Algún tiempo después del estallido de la guerra en 1937, ex combatientes del ejército rojo de Ho Lung-Yeh Ting, que no tomaron parte en la larga caminata, pero permanecieron dispersos por el sur, se reunieron cerca de Shanghai para formar el Nuevo Cuarto Ejército bajo La orden de Yeh Ting, con Han Ying como comandante de campo. Esta fuerza, organizada sobre una base semi-guerrillera, rápidamente aumentó sus filas a varios miles y tomó el control de un territorio considerable en la región fronteriza Kiangsu-Chekiang-Anhwei-Kiangsi, donde todavía opera contra los japoneses.

Chiang Kai-shek nunca habría tenido ningún trato con los estalinistas si no fuera por las fuerzas armadas y el territorio bajo su control. Por la misma razón, fueron útiles como un peón en el juego diplomático de Stalin. Para marcar su paso de la oposición a la colaboración con Chiang, cambiaron el nombre del Ejército Rojo en el norte del Octavo Ejército de Ruta (que, como en el caso del Nuevo Cuarto Ejército, lo distinguió solo por número de las fuerzas armadas bajo el control de Chiang), mientras que el gobierno soviético chino se convirtió en la administración local de un "Distrito Fronterizo" en el norte. Tanto los territorios como las fuerzas armadas de los estalinistas están nominalmente bajo el control de Chiang, pero solo nominalmente.

El territorio del Nuevo Cuarto Ejército se distingue por muy poco del dominio del Kuomintang. Pero alentados por la fraseología revolucionaria que los estalinistas todavía usan de vez en cuando, los campesinos aquí comenzaron a dar a los propietarios rapaces un mal momento. De Chungking surgieron quejas de que los estalinistas estaban violando su promesa de terminar con la lucha de clases. Los estalinistas se interpusieron entre los campesinos y los terratenientes como árbitros, persuadiendo a los terratenientes a aceptar modestas reducciones de renta e instando a los campesinos a no "ir demasiado lejos". En algunos casos, campesinos furiosos intentaron apoderarse de la tierra de propietarios que se creía habían estado traficando con el enemigo japonés. Los estalinistas intervinieron para calmar a los enojados y llevarlos nuevamente al camino de la dulce sensatez. Dondequiera que la revolución agraria

levantó la cabeza, los estalinistas, temiendo el disgusto de Chiang Kai-shek y la ruptura del Frente Unido Popular antijaponés, se interpusieron entre los campesinos y sus explotadores. En el Distrito Fronterizo en el norte, se han instituido reformas suaves. La tributación es comparativamente ligera y hay algo que se acerca a un sistema de educación universal, etc. La propiedad privada y el latifundio permanecen, pero están sujetos a restricciones. Los estalinistas pretenden considerar todo esto como los modestos comienzos de una revolución democrática que luego evolucionará poco a poco hacia el socialismo: el socialismo en dos distritos, presumiblemente.

El Ejército de la Octava Ruta y el Nuevo Cuarto Ejército han estado activos en la guerra y han mostrado las mismas excelentes cualidades de combate que los distinguieron en operaciones contra las fuerzas de Chang Kai-shek hace años. Pero sus actividades son de la variedad guerrillera: incursiones rápidas en las comunicaciones japonesas, voladuras de vías férreas, etc. Sin el desarrollo de la revolución agraria y la transformación de la guerra en una genuina guerra popular, una lucha tan esporádica no puede tener futuro. En las condiciones de la guerra moderna, las operaciones de la guerrilla pueden tener solo un valor auxiliar. No pueden decidir un problema.

Fricción entre Chiang y los estalinistas

En el curso de estas acciones guerrilleras, los estalinistas han invadido el dominio del Kuomintang. El Octavo Ejército de ruta ahora controla casi todo Hopei y parte de Shantung, además de grandes porciones de Shensi, Kansu y Ninghsia. Cuando las quejas provienen de Chungking, los estalinistas explican en tono de disculpa que la exigencia militar exige la adquisición de un nuevo territorio y que no tienen intención de ampliar su esfera de poder a expensas de Chiang Kai-shek. Sin embargo, han mantenido las nuevas áreas, haciendo que Chiang sospeche de sus motivos. Chiang probablemente habría roto con los estalinistas por este tema si no hubiera querido evitar ofender a Stalin y perder así la ayuda material de Moscú en la guerra con Japón.

La sospecha de Chiang de los estalinistas sobre este y otros puntajes lo ha llevado a instituir severas represiones contra sus líderes locales en los territorios del Kuomintang. El año pasado, muchos estalinistas locales o sospechosos estalinistas fueron arrestados y ejecutados sin juicio por ir más allá de los límites del Frente Popular Antijaponés. Algunos, como informó el periodista estadounidense Edgar Snow, fueron enterrados vivos, un método empleado contra los revolucionarios cuando Chiang Kai-shek subía al poder con la ayuda del Partido Comunista en 1927. Los estalinistas, cumpliendo fielmente la línea establecida por Moscú, temerosos de una romper con Chiang, no han hecho protestas públicas contra estas barbaridades, pero encubrirlas como lo han hecho todos los crímenes del régimen del Kuomintang desde el comienzo de la guerra. Incluso han suprimido el hecho de que se han producido grandes batallas entre el Ejército de la Octava Ruta y las tropas de Chiang.¹

Pero los incidentes como los anteriores crean fricciones y también hay otros puntos de desacuerdo. Los estalinistas han insistido, principalmente en privado, en que Chiang cumpla su promesa de convocar una asamblea democrática.

¹ A mediados de enero, después de que se recibió este artículo, llegó el primer conocimiento público de estas luchas, cuando el conflicto de elaboración de la cerveza entre Chiang Kai-shek y el Nuevo Cuarto Ejército en el valle del Yangtze se desbordó. Se libró una batalla campal entre las tropas de Chiang y el Nuevo Cuarto Ejército, este último sufriendo miles de bajas. Yeh Ting, su comandante, fue arrestado y recluido para un consejo de guerra por considerar que desobedeció las órdenes de trasladar a sus tropas a través del Yangtsé hacia el noroeste. Un despacho de Tass de Chungking a Moscú el 27 de enero habló abiertamente de la amenaza de una "guerra civil" como resultado de este conflicto. Este envío acompañó los rumores renovados de un pacto de no agresión soviético-japonés.

La causa inmediata del conflicto entre el Kuomintang y el estalinismo fue la reiteración de una exigencia de Chiang, hecha originalmente hace más de un año, de que el Nuevo Cuarto Ejército se transfiera al Norte y se una con la Octava Ruta del Ejército. La batalla se produjo cuando los estalinistas no cumplieron con esta demanda. El deseo de Chiang de sacar a las fuerzas estalinistas del centro de China tiene una doble base: militar y política. Si Stalin llega a un acuerdo con Japón, será más fácil aislar y atacar a las fuerzas estalinistas chinas si se encuentran todas juntas en una parte del país. Pero mientras todo seguía en pie hasta la reciente batalla, el Nuevo Cuarto Ejército habría estado espléndidamente situado para atacar a Chiang por la retaguardia cada vez que emprendiera operaciones militares contra el Octavo Ejército de Ruta en el norte. En el aspecto político, el Nuevo Cuarto Ejército, a pesar de la renegación política de los estalinistas, ha sido un estímulo para la actividad campesina en la región central de China. Los campesinos todavía asocian a los estalinistas con la revolución agraria. Esto es embarazoso para los estalinistas, pero para Chiang Kai-shek y la clase dominante es positivamente inquietante. Indudablemente, se animó a Chiang a actuar severamente, después de meses de negociaciones infructuosas, por la creciente ayuda estadounidense a su gobierno. Los préstamos estadounidenses han disminuido sustancialmente su dependencia de Moscú para obtener ayuda material en la lucha con Japón. Él puede "ofender" a Stalin con mayor impunidad de lo que hubiera sido posible hace tres meses. [Nota del Editor de **Fourth International**]

Las fechas se han establecido muchas veces, pero el ensamblaje nunca se encuentra. También exigen libertades democráticas para el pueblo, el fin del período de "tutela política" bajo el Kuomintang. Chiang hace más promesas, pero no hay una sombra de libertad real en ningún lado en el dominio del Kuomintang.

Respondiendo preguntas de Edgar Snow a fines de 1939, el presidente Mao Tse-tung del distrito fronterizo se refirió a la continuación de la dictadura del Kuomintang en violación de las promesas que Chiang le dio a los estalinistas. Afirmó que a menos que este "sistema político arcaico" fuera cambiado a "democracia", China perdería la guerra con Japón. El problema, agregó, era cambiar el sistema político sin poner en peligro la resistencia a Japón. Verdaderamente, es difícil ver cómo se puede terminar una dictadura sin deshacerse del dictador. Pero lo último que piensa Mao es deshacerse de Chiang Kai-shek.

"La resistencia y la democracia", continuó Mao, "son los dos bordes de una sola espada". Algunas personas pretenden apoyar la resistencia, pero rechazar el principio de la democracia. En realidad, no quieren usar ninguno de los extremos de la espada. Están arrastrando la lucha antiimperialista hacia el fracaso. "Mao no parece saber que las guerras modernas libradas por las clases explotadoras son incompatibles con las libertades democráticas.

En la misma entrevista con Snow, Mao afirmó que el Partido Comunista estaría "contento de participar" en un gobierno de coalición con Chiang Kai-shek si se hiciera la oferta. Pero ¿por qué debería Chiang compartir los puestos del gabinete con los estalinistas cuando pueda obtener sus servicios a un precio más bajo, cuando se le asegure que mantendrán la boca cerrada y darán silenciosamente respaldo a todos sus crímenes? ¿Por qué debería acceder a sus demandas democráticas? ¿No prometieron ser buenos muchachos y abandonar todo pensamiento de lucha de clases mientras Chiang continuara resistiendo a Japón? A finales de 1939, cuando la guerra había estado en curso casi dos años y medio, Mao examinó la situación con Snow y descubrió que "ellos" (quiso decir el régimen de Chiang Kai-shek pero no se atrevió a nombrarlo) estaban "arrastrando al lucha antiimperialista hacia el fracaso. "Ha pasado más de un año desde entonces. Ahora se le podría preguntar por cuánto tiempo se puede arrastrar una causa hacia el fracaso sin llegar realmente. Aquí se muestra para que todos puedan ver la criminalidad grosera de los líderes estalinistas chinos. Saben cómo y por quién la guerra de China contra Japón ha sido llevada a su callejón sin salida actual y cómo el interés de las masas están siendo pisoteadas. Pero se niegan a denunciar a Chiang Kai-shek, a liderar un movimiento revolucionario de protesta, a organizar a las masas para defender sus derechos. Incluso se niegan a nombrar a los culpables. Tal partido, está claro, es demasiado corrupto para redimirse.

¿Un pacto Stalin-Mikado?

Después de la firma del pacto Stalin-Hitler, se habló mucho de un acercamiento entre Japón y la Unión Soviética. Stalin, creyendo con Chiang Kai-shek que Japón está destinado a entrar en guerra con los Estados Unidos, no ha tenido prisa por inscribirse en Tokio. Japón, además, está muy debilitado por la guerra de China y no es probable que ataque a la Unión Soviética en el este a menos que Hitler también ataque en el oeste. Stalin intenta desesperadamente mantenerse al margen de la guerra mundial, pero hay límites a las maniobras y concesiones que un neutral puede hacer para mantenerse alejado. No es improbable que Stalin se encuentre en compañía de los imperialistas "democráticos", que luchan contra Alemania y Japón, junto con los Estados Unidos y Gran Bretaña. Washington y Londres están cortejando cautelosamente al jefe del Kremlin. Si China hubiera conducido la guerra contra Japón como una lucha revolucionaria, Japón habría sido derrotado desde hace tiempo. En lugar de la amenaza imperialista de Japón en el Lejano Oriente, un Japón revolucionario y una China revolucionaria se mantendrían como gigantescos baluartes de la defensa soviética.

De ninguna manera está asegurado que Stalin se verá obligado, en la presente fase de la guerra, a luchar contra la Alemania imperialista y Japón. El curso de los acontecimientos puede forzarlo a una alianza activa con ellos. La firma de un pacto de no agresión con Tokio significaría que la suerte había sido emitida. La asistencia soviética al régimen de Chiang Kai-shek, entonces, presumiblemente, cesaría. ¿Qué posición tomarían los estalinistas chinos? ¿Sostendrán su oposición al imperialismo japonés o descubrirán repentinamente que Chiang Kai-shek se ha convertido en la herramienta del imperialismo angloamericano, hará las paces con Japón y reanudará su oposición al Kuomintang? Es imposible pronosticar en detalle el futuro de la política estalinista china. El futuro desarrollo de la

guerra mundial y su inevitable extensión al Pacífico abrirán una variedad de alternativas. Sin tener nada más que ganar de Moscú, Chiang Kai-shek podría decidir lanzar una expedición militar contra el distrito fronterizo "Rojo" y el dominio del Nuevo Cuarto Ejército, tal vez incluso con la cooperación japonesa. En ese caso, los estalinistas tendrán que luchar si desean sobrevivir. Por otro lado, si Stalin estuviera suficientemente preocupado por la preservación continuada de sus secuaces chinos y sus fuerzas, podría usar amenazas contundentes contra Chiang para retenerlo. El enorme territorio de Sinkiang (Turquestán chino) ha estado cada vez más bajo el dominio de Moscú en los últimos dos años. Stalin podría amenazar con anexarlo directamente. Los estalinistas chinos, mientras tanto, podrían usar su ejército para expandir su dominio territorial al oeste. Sin mucha dificultad podrían obtener dominio sobre todo Shensi, Kansu y Ninghsia, logrando un empalme con el protectorado soviético de Mongolia Exterior a través de Ninghsia, y con Sinkiang a través de Kansu. Tal expansión no agrada ni a Chiang Kai-shek ni a Japón. Pero dado que esta posible línea de desarrollo se basa en el supuesto de un pacto Stalin-Mikado, se puede suponer además que habría un acuerdo previo que demarque las esferas de operación soviética y japonesa, tal como Stalin y Hitler organizaron la partición de Polonia.

Nota del editor

1.